

Algunos Problemas Teóricos y Prácticos del Tutor.

Francisco Mora Larch.

(Síntesis del texto presentado en el 4to. Encuentro Institucional de Tutorías de la UANL., Monterrey, Junio 28 de 2007.)

Introducción. Delimitación del Campo.

Al darle título a este texto, mi idea es impulsar la reflexión sobre cuestiones obvias, que como tales, son pasadas por alto, sin entender que es en ellas donde se define el destino del juego que se inicia.

“Lo que bien empieza bien acaba” reza el dicho popular, y aunque en general concuerdo con el mismo, me parece que el dichoso dicho peca de un determinismo mecanicista, no apegado a la realidad humana. Es decir, creo que cosas que empiezan mal pueden enderezarse y cosas que empiezan bien a la vez pueden terminar mal.

¿Cómo iniciamos un proceso de tutoría, sea individual o grupal, en todo caso, en qué consiste un proceso de tutorar a alguien? Si lo circunscribo al ámbito educativo, debo preguntar acerca de cómo definir el proceso de tutoría; si es una tutoría académica, agrego que el adjetivo es para especificar que hay otro tipo de procesos tutoriales: habría así una tutoría legal; una tutoría personal, una tutoría laboral; y si es académica, quizás no todos entendemos lo mismo.

Parto de lo siguiente: defino la tutoría académica como aquella práctica ligada a conceptos como asesoría, mentoría, consejería, coaching. Defino esta práctica como un proceso de acompañamiento cercano, estrecho, de compromiso personal y por tanto afectivo, donde un tutor, se hace cargo o asume la responsabilidad por los destinos académicos de un niño, púber, adolescente o joven en evolución.

Tendría entonces una responsabilidad compartida con el educando, en co-operar con él para resolver de forma creativa las dificultades que se presentan en todo lo que respecta a los problemas que la educación le plantee. Sin embargo, esto no justifica que niegue o me ciegue a las dificultades personales, afectivas, de socialización, de integración del chico en lo que dura el proceso que se desarrolla en el ámbito educativo. Sin embargo, la definición de mi práctica no está delimitada por ese ámbito, sabemos con creces que las dificultades personales, familiares y afectivas juegan un papel crucial en la mayoría de los problemas escolares.

El tutor puede, si lo desea, asumir su función con una visión integral y no parcial de los problemas escolares o académicos, co-operando y asumiendo el compromiso como tutor, es decir, un acompañante que está atento a las dificultades que se presenten, para “apoyar” al muchacho en el tránsito evolutivo que va de la dependencia infantil en el aprendizaje hasta el logro de la autonomía, la integración social y la asunción de la responsabilidad por lo que se dice, se piensa y se hace, individual o grupalmente.

Conocer a la Persona o al Alumno. ¿Cómo?

El proceso tutorial, en este sentido no tiene que ver tanto con las dificultades escolares, académicas o intelectuales que aparecen en las prácticas y experiencias educativas habituales; antes bien, son las dificultades de integración personal de cada etapa evolutiva que se vive, las que impiden el desarrollo de las aptitudes intelectuales y de los procesos de memoria, comprensión, percepción e interpretación de la realidad.

Cuando esto sucede, es nuestro aparato anímico el que se ve perturbado en su funcionamiento; en términos de Pichón Riviere, se instala un obstáculo, un factor externo que no puede ser procesado por el esquema conceptual y referencial, por la subjetividad del educando.

Es el momento en el que debería intervenir el docente (vuelto tutor) en un nivel diferente, en un registro

distinto en el que está instalado: el registro de la información, comprensión y procesamiento de contenidos intelectuales. Como por lo regular, el docente no está instrumentado para leer las dificultades del estudiante en otro registro que no sea este, la presión del tiempo lo obliga a avanzar para cumplir los objetivos (institucionales), y se abandona al educando con sus incertidumbres, dudas y problemáticas propias y específicas. Todo esto es efecto de un desconocimiento de base del agente social, el tutor en este caso.

Primero: ¿qué idea tiene de lo que es conocer (la realidad, sea material o humana)? ; Segundo: ¿qué concepción de ser humano está implícita en su acercamiento a ese otro que le demanda una tutoría? Elegir un punto de vista parcial y recortado invita a ver al ser humano parcial y recortado: hay un contrabando de teorías implícita en esta forma de ver la tutoría.

Por ejemplo, un problema académico o intelectual ¿es sólo eso? Segundo, tener dificultades en una esfera (¿visión integral?) de la vida, y no relacionarla con otras esferas, es simplificar y no hacer complejas las cosas, estas pueden resolverse por partes, aisladas una de otras: “lo que sucede en un aspecto de tu vida no tiene que ver nada con lo que pase en otros aspectos vitales de tu existencia, así, puedes vivir disociado, aislando pensamiento y sentimiento; o pensamiento y acción; o hablando pero sin escuchar a otros y sobre todo, sin escucharte tu a ti mismo”.

La presencia de un tutor lograría establecer el enganche personal, en el que el educando se inserta debido a que si el programa esta “estandarizado” para todos, a la hora del encuentro personalizamos la atención para responder a lo que el estudiante “ofrece” como dificultad, impotencia, frustración o atore con unos contenidos específicos y concretos.

El tutor, ¿toma el pedido de manera literal o lo trata de “leer” (lectura sintomal) en un registro distinto, pero a la vez específico para una práctica tutorial que se acredite y se legitime como tal?, diferente al apoyo escolar de un maestro, a la transmisión de técnicas de estudio, a una asesoría académica, o a una consejería que remita a las dificultades de comprensión de la materia en cuestión.

En realidad el problema no estaría en el muchacho, a fin de cuentas, el problema es resolver la cuestión del registro (o posición subjetiva) en que el tutor se inscribe en la tutoría. Todo se ha jugado en un antes, en el que alguien asume una demanda institucional y sin pensarlo, intuye que algo se puede hacer sin reparar en las implicaciones que vendrán cuando se descubra en la práctica que la realidad es mucho más compleja y espinosa, y que no basta uno o cinco diplomados, para ser un “buen tutor”, apegado a un perfil pre-determinado por alguien que tenía una idea y una concepción del hombre desde la cual, sin saberlo, influyó para proponerle desarrollar “un perfil de tutor”.

Relación académica ó relación interpersonal.

Para clarificar un poco más las cosas, hagamos la siguiente pregunta: Una tutoría, como práctica diferente, distinta a la docente: ¿se juega en el plano de una relación académica o de una relación interpersonal? Debo agregar, para adelantar mi respuesta, que no hay una relación técnica, que no se subsuma y tenga como base una relación interpersonal: entre un maestro y un alumno; entre un jefe y un subordinado; entre un médico y su paciente, entre un dependiente y su cliente; entre un abogado y una víctima; entre un técnico de fut bol y su pupilo, etc..

Puedo dejar la relación educativa o académica circunscrita a la práctica docente, aunque de entrada es cuestionable este abandono; porque el tutor, aún académico, establece la base de su vínculo con el educando a nivel de una relación interpersonal. No se trata de enseñar lo que no se puede aprender en el aula; no se trata de técnicas de estudio, que curiosamente si funcionan con otras materias, ni aún cuando no funcionen con todas las materias: y si es así, el asunto por lógica sobrepasa lo netamente académico.

¿Qué se Juega en la Relación Interpersonal?

Me parece que la dificultad reside en el compromiso que implica y que está implícito en una relación

humana; nos damos cuenta cada vez más de las dificultades, los obstáculos, los recelos, los temores y fantasías de establecer vínculos humanos significativos, que nos llevarían a reconocer nuestra condición humana: mostrarnos infantiles y dependientes ante el otro, con nuestras necesidades, torpezas, dificultades, con nuestras cegueras y desatenciones, con nuestras carencias y debilidades.

Hay una necesidad imperiosa de comunicarnos auténticamente, y a la vez, una resistencia a ello que impide y busca por todos los medios, recursos e instrumentos que impidan un acercamiento y un encuentro que logre desembarazarnos de las sensaciones de dependencia y abandono extremas, que seguramente hemos experimentado a partir de la afectación de los vínculos humanos maltrechos por el descuido a que han sido sometidos en la vorágine de la sociedad neoliberal.

Un hecho primordial en este abandono, ha sido el arrasamiento de la figura del padre, en caída desde finales de la era moderna y casi arrasada en la nueva época por la ideología del postmodernismo: libertad sin responsabilidad; comodidad sobre esfuerzo; banalidad sobre “sustancialidad”; rapidez y velocidad sobre pensamiento y reflexión; tecnología sobre humanidad; ganancia máxima sobre humanismo; dinero sobre espiritualidad; y regreso al misticismo sobre auténtica espiritualidad, entre otros. En esta inercia nos movemos y sobre esta inercia danza el tutor, responsable cuando la función docente ha fallado, ¿se requiere una tutoría docente? ¿es que el docente ha extraviado el rumbo, agobiado como el padre de familia ante las dificultades de un mundo regido por las “leyes” salvajes (aunque la ley se opone, desde su origen a lo indomable que hay en cada uno de nosotros) del Mercado?

¿Cómo llega el Estudiante a la Tutoría?

Constato que el educando llega a la tutoría casi en las mismas condiciones que su tutor, agobiado por las condiciones espirituales de existencia, ya que la mayoría de ellos, en el nivel universitario, se reconocen en el “mérito” de no ser del 50 marginado de nuestra sociedad, sociedad de la tecnología y del conocimiento, un conocimiento sin rumbo y desarraigado en una tierra que no conoce sus raíces, su historia, su condición humana; quizá la más, el producto de una actividad pensante, de un ser consciente de sí mismo que se cuestiona su ser y hacer.

Nuestro estudiante se nos aparece como un autómatas, hace poco lo describía así: “producimos en masa (...) personas que más bien parecen zombies, que nada buscan, que no tienen proyectos, que nada desean, parece como si se les hubiese castrado en su curiosidad, en su espíritu de investigación, en su deseo de conocer, en que algo les despierte algún interés”. Y uno se pregunta, ¿qué hago con este tipo de muchachos?, ¿qué hago con tantos chicos que actúan cínicamente y me piden que no sea malo, que los pase?: reconocimiento ignorante de su castración intelectual, de la amputación de su energía vital, desconectada de su ser que les impide desear, tener ganas de ser y hacer en la vida.

¿Cómo llega el Tutor a su Tutoría?

El tutor, pareciera que llega desfasado, esperando lo que no vendrá, y con deseos de que no venga, juega al como sí; sobre todo, su actitud de entrada es de resistencia, la que se asienta sobre una desconfianza básica, producto de los déficits de auto conocimiento sobre sí mismo. Se descubre ahí, en una institución que demanda cosas que nunca le demandó y que a estas alturas no tienen sentido ni asidero simbólico en la vida del docente; “¿como quieren que me ocupe de estos muchachos, ajenos, desconocidos, si ni siquiera tengo el tiempo, ni las ganas para ocuparme de los míos?”.

La demanda interpela y está dirigida a un sujeto que no aparece o está ausente en el registro subjetivo y simbólico del docente, llamado a un padre (modelo, figura de identificación) borrado por las vicisitudes históricas de una figura paterna, la mayoría de las veces ausente, negada y descalificada en el discurso materno. Un docente que no sabe operar los vínculos humanos, desconocimiento o ausencia de un proceso de acompañamiento vivido en la experiencia con otro que queda desplazado en el fuero interno, a través de mecanismo psíquicos que protegen de vivencias aterradoras, de vacíos infranqueables, de sentimientos de dolor, desconsuelo, añoranza de un padre que nunca estuvo ahí para otra cosa que fuese

el sustento material y concreto cuando bien nos iba, y no ese sustento humano afectivo que nos constituye como personas.

El Trabajo Previo: Necesidad de Establecer una Alianza de Trabajo.

La alianza de trabajo es un concepto técnico de la práctica psicoanalítica, me parece interesante, y valioso porque, creo que las prácticas tutoriales, si saben abordarse como una aventura intelectual, nos pueden ayudar a impulsarnos a una reconexión con lo humano que hay en nosotros, es decir, entre tutores y tutorados.

Cuando no es posible echar mano de la experiencia, lo mínimo que podemos hacer es lograr un acuerdo con otro que quiera ser acompañado, en el supuesto de que yo como tutor, me intereso y deseo acompañar al otro en un tramo significativo de su existencia. ¿Cómo lograr esto? Una de las tareas clave para iniciar un proceso tutorial debe asentarse en los fundamentos que la técnica psicoanalítica ofrece como conceptos operativos. Uno de ellos es el “alianza de trabajo”. Será difícil que un chico logre establecer y sobretudo mantener un vínculo significativo con un adulto, si no experimenta en sí mismo que el adulto al que ahora se acerca entiende sus dudas, temores, inseguridades y su reserva, sin un trabajo previo que indique claridad y seguridad, que transmita confianza.

En el inicio del proceso y a través de las primeras entrevistas nuestro trabajo será establecer y reforzar permanentemente la alianza de trabajo. ¿En qué consiste ésta? Por alianza de trabajo entiendo la parte objetiva y real de una relación a la que apelo para llamar la atención en el otro, que estoy dispuesto a aceptar un lazo social fundado en la co-operación para lograr entre los dos hacer frente o superar un obstáculo que ha aparecido en el camino del desarrollo y que le impide al sujeto avanzar.

Pichón Riviere, al hablar del psicólogo social, dice que es un co-operador en el campo, sobre todo un co-pensador que se interesa en el problema del otro, lo piensa con él y confronta sus ideas para esclarecer el problema, pero también los pensamientos. Esta parte objetiva y real debe de ser valorada porque ella es la base segura sobre la que descansará el proceso que recién se inicia. La parte subjetiva de la alianza remite a los fenómenos transferenciales que tiñen y matizan las relaciones objetivas entre las personas.

Por ejemplo, es probable que en el transcurso de un proceso tutorial, de pronto el educando se sienta arrojado y protegido o reasegurado por el tutor al que ahora “vive” como un padre protector.

La alianza de trabajo es la primer propuesta que el tutor hace al educando, y apela a la parte “más sana” de este, abierta al contacto con la realidad y que asume conciencia de la situación y a partir de ahí busca un apoyo para salir de la misma. Toma la forma de una relación basada en el diálogo, la generación de confianza y el re-aseguramiento ante las dificultades que la misma relación pudiese generar.

Aquí cobra relevancia el papel que las reglas del juego imponen y a la vez subyacen a la relación. Las reglas son aquellas normas convenidas, como límites que estipulan y sancionan una relación: introducen una legalidad que regula los intercambios, estructuran y refuerzan los aspectos más evolucionados en ambas partes, a la vez que especifican que no todo está permitido y que incluso las cosas permitidas tienen un límite y deben ser contenidas y resueltas por el responsable de la relación, apelando a la parte “sana y racional” del otro, con la que se ha hecho la alianza.

No importa si el educando es un joven que ya alcanzo la mayoría de edad; como ser en evolución y en proceso de crecimiento debe ser respetado en su condición existencial, con sus dudas, deseos, temores, en sus sentimientos y afectos, en sus dificultades neuróticas, en sus estilos de ser y hacer que muchas veces nos inspira frustración, odio, coraje, o sensaciones de seducción, aplacamiento o franco chantaje emocional y en el mejor de los casos, un amor de tipo paterno-filial.

Conclusiones.

¿Humanismo, Academicismo, u Operación Co-Pensante con el Alumno? Es cierto que lo que debería inspirar la labor docente, y la labor de tutoría, es un humanismo consciente y crítico. El gran problema del humanismo es que descarta los recursos operativos que las ciencias humanas brindan a los procesos de cambio inherentes a la vida humana; todo humanismo se queda cojo en su andar, la realidad muestra que las buenas intenciones no bastan para la transformación del mundo material y de la vida social.

Un humanismo instrumental basado en una actitud positiva, empática y caritativa, si bien ayuda en un nivel, es inoperante para producir los cambios radicales que requieren los vínculos humanos en términos de transformación cualitativa, que sean flexibles sin ser demagógicos, adecuarlos crítica y activamente a las nuevas realidades.

La empatía nunca ha logrado mayores cosas; lo que aquí debe operar es el recurso eficaz y operativo que brindan las ciencias humanas y esto requiere esfuerzo, rigor científico y conocimiento a profundidad. ¿Estamos dispuestos a invertir en esto o seguiremos mal acostumbrados a obtener resultados “concretos”, soluciones fáciles y rápidas, sin el necesario rodeo teórico y reflexivo que los problemas humanos exigen?

Parece, ojalá y me equivoque, que todos quisieran más de lo mismo, aunque ello haya mostrado su inoperancia y sus repercusiones lamentables; no podemos endosar a las siguientes generaciones la factura de nuestra ineficiencia, de nuestra falta de compromiso, de exigirnos mayores esfuerzos, y sobre todo el tomar riesgos que definitivamente son necesarios, porque lo que está en juego es el futuro de nuestros hijos y el de la especie misma.

Bibliografía

1. Amiel, Lebigre, F. (1980). La Función Docente. Oikos Tau, Barcelona.
2. Anzieu, D. Et al (1978) El Trabajo Psicoanalítico en los Grupos. Siglo XXI edits. México.
3. Ayala, Francisco (1999) La Función del Profesor como Asesor. Ed. Trillas, México.
4. Braunstein, N. (1975) Psicología: ideología y ciencia. Siglo XXI edits. México.
5. Etchegoyen, H. (1986) Los Fundamentos de la Técnica Psicoanalítica”. Amorrortu Edits. BA.
6. Holt, John. (1977) El Fracaso de la Escuela. Alianza edit. Madrid.
7. Isaacs, Susan (1977) Conflictos entre Padres e Hijos. Ed. Psique. Buenos Aires.
8. Lucarelli, Isabel (2000) El Asesor Pedagógico en la Escuela. Paidós, Buenos Aires.
9. Mora Larch, F. (2005) Experiencias de formación con tutores universitarios. 24 Sesiones de Grupo Operativo en dos Semanas. 1er. Intercambio Académico Prepa 15 de la UANL-Fac. de Altos Estudios Zaragoza. UNAM. Monterrey
10. Mora Larch F. (2005) Referentes Teóricos como Guías Prácticas del Tutor. Ibid.
11. Mora Larch, F. (2006). Del Tutor: Formado o De-Formado. Inédito. Guadalupe.
12. Morgenthaler, F. (1972) Problemas de Técnica Psicoanalítica. Siglo XXI Edits. México
13. Pichón Riviere, E. (1971) Del Psicoanálisis a la Psicología Social T. II. Ed. Granica. Buenos Aires.
15. Pichón Riviere, E. (1985) Psicología de la Vida Cotidiana. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.
16. Ranciere, Jaques (2003). El Maestro Ignorante. Ed. Laertes. Madrid.